

PRIMERA CONFERENCIA

(La Situación Económico - Social)

Señoras; señores:

Yo no puedo, ni debo, ni sé tampoco hacer un análisis exhaustivo del problema de cómo viven "los de abajo" en los países latino americanos. Los llamamos "los de abajo" siguiendo la expresión que usó para designar las clases más pobres de su país, el novelista mexicano Mariano Azuela. No puedo hacer ese análisis exhaustivo, porque he pasado muy rápidamente por muchos países, y aunque en alguno he podido detenerme más, tratando de entrar a fondo en algunos de sus problemas, siempre la exposición de datos que pueda hacer aquí, en poco excede la apreciación panorámica y fugaz del viajero.

Sólo diré lo que he visto, sin tiempo y documentación a mano para hacer más. Pero las personas que me hacen el honor y que tendrán la paciencia de escucharme, seguramente al final convendrán conmigo en que las cosas dichas aquí alcanzan y sobran para formarse un idea de cuál es la situación social que existe en los países latino americanos.

A los efectos de una fácil ordenación, voy a seguir el itinerario que cumplí en el viaje. Paso por alto la Argentina porque sé poco de ella y porque además la vida social ha cambiado mucho en los últimos tiempos, planteándose con ello nuevos problemas que no conozco bien.

Hace diez años, por ejemplo, en el norte argentino conocí esa forma de explotación que se llama "la tienda de raya", muy común en muchos países y no desconocida totalmente en el nuestro. Consiste en una tienda, almacén o pulpería, que se instala al lado de la casa grande, la casa del

esquiladores, se les pagaba a los peones y con esas fichas ellos a su vez hacían sus compras.

Conoci las "tiendas de raya" en el noreste argentino en la zona de arroceras regada por el río Miriñay, hace algunos años. Ahora tengo entendido que las cosas han cambiado bastante.

La "tienda de raya" puede encontrarse en Bolivia, en Perú, en Ecuador, etc. Siempre es el mismo sistema de explotación.

INDIOS, CHOLOS Y BLANCOS

Bolivia tiene alrededor de cuatro millones de habitantes, clasificados así: medio millón de blancos, un millón de cholos, —es decir de mestizos de blanco e indio—, y dos millones y medio de indios.

La realidad que nos interesa ahora es la de los cholos y los indios. El blanco forma la clase aristocrática: es el abogado, el médico, el profesor, el bancario. El cholo forma la clase media, pero no en el sentido que le damos nosotros a la expresión, sino en el de diferenciación por razas. Es la clase que queda entre el blanco —raza definida— y el indio, —también raza definida—.

El cholo lleva consigo un resentimiento interno: quiere parecerse al blanco, pero no es blanco. Tampoco puede y además no quiere, parecerse al indio. El blanco lo repudia porque es cholo y el indio también lo repudia, porque lo considera el traidor y entregador de su clase.

El cholo va formando poco a poco, al ritmo lentísimo del desenvolvimiento industrial de Bolivia (1), el proletariado desclasado de las ciudades bolivianas. Desgraciadamente la cruza de blanco e indio ha dado un elemento humano muy malo, y el cholo goza de todos los prestigios de su mestización. Al punto que aparece como el tipo más negativo de los que integran la población boliviana.

No obstante los cholos de La Paz fueron los que hicieron el movimiento contra Villaroel. Lo que demostraría que el cholo no es tan malo como lo acredita su fama.

Por debajo de éste está el indio. Hay dos razas de indios bien definidas: los quechuas que son los descendientes de los pobladores del

(1) Bolivia es un típico país south-americano. Su producción se reduce a la explotación de materias primas. Las industrias casi no existen allí. La Paz es una ciudad sin fábricas. Por consiguiente no hay, prácticamente, proletariado industrial.

Imperio de los Incas, y los aymaras, raza distinta a los quechuas y que, en tiempos del Imperio, fueron sus tributarios obligados.

Cuando el Imperio de los Incas se estableció en el Altiplano, los aymaras buscaron su defensa poblando las partes más altas, casi inaccesibles. Cuando el Imperio fué sustituido por la Colonia, los aymaras continuaron en sus montañas. Y cuando vino la Independencia, que, —la verdad sea dicha—, no llegó nunca hasta los indios, el enemigo vino a ser el criollo.

Así los aymaras se mantienen aún a cuatro mil metros de altura, donde ya no viven las vacas y los caballos casi, pero donde tienen que vivir los hombres, huyendo de los otros hombres.

Los quechuas forman una población de más o menos dos millones de personas. Son en su mayoría agricultores sujetos al régimen del "pongueaje". Vez pasada se me negó que existiese el pongueaje en Bolivia, cosa que desgraciadamente no se puede desmentir sin violación de la verdad. El pongueaje existe y alcanza a millones de personas, porque no sólo es de Bolivia, sino que se extiende a casi todos los países del norte.

El pongueaje es un régimen de trabajo y un régimen de vida. El "pongo" es el indio sujeto a ese régimen. A la mujer, en el mismo caso, se le llama la "mitani".

Una finca —el equivalente de nuestras estancias— pertenece a un patrón, que es el dueño de la tierra. Esta se divide en parcelas de poca extensión, que son cultivadas por los indios mediante métodos muy rudimentarios. El patrón da al indio una parcela en usufructo y de ella tiene que vivir el indio y su familia. A cambio, todos los componentes de ésta deben trabajar cuatro o cinco días, según los casos, por semana, en las tierras del patrón.

La parcela del pongo generalmente oscila entre una hectárea y una hectárea y media. Los indios la trabajan en los días no destinados a la hacienda, administrándola libremente. Consumen los productos que en ella cosechan —maíz, cebada, quinua, papas,— y cuando tienen excedentes o crían algún animal que pueden vender en el mercado, la venta se hace en beneficio del indio, pero generalmente con el patrón como intermediario.

En los días en que el indio trabaja para el patrón queda sometido totalmente a la voluntad de éste, que puede ocuparlo en el servicio doméstico, e inclusive prestarlo para que trabaje en otra finca. Los hombres, por lo común trabajan la tierra; las mujeres también y además hacen el servicio de la casa; los niños pastorean los rebaños de ovejas.

Lamas, alpacas, etc., sacándolos por la mañana al campo, para traerlos en la tarde al aprisco.

Estas pobres gentes, además de sus problemas, tienen dos cosas terribles impuestas por la naturaleza: el frío y la altura. El frío que por las noches hace bajar el termómetro por debajo de cero grado, y la altura que hace difícil la vida a casi todas las especies que nos son familiares.

Es general que el quechua sea pongo. El aymara, en cambio, vive por lo común en régimen de comunidad, según el tradicional "ayllu" pre-colonial. Esa forma de auto-gobierno la puede gozar con relativa libertad, porque vive en lugares tan altos y tan inhóspitos, que no llaman a la codicia de los blancos. Con todo hay una permanente lucha entre los comuneros y los finqueros: éstos pleitean constantemente para desposeer a los indios de sus títulos de propiedad, expedidos generalmente en la época colonial. Esta lucha comúnmente provoca alzamientos que invariablemente se sofocan mediante el expeditivo sistema del fusil o la ametralladora.

El aymara sabe que su peor enemigo es el blanco. Por eso se refugia en las tierras más altas y por eso produce solamente lo que consume. Cuando tiene algún excedente en las exiguas cosas que produce, va al mercado y mediante el primitivo sistema del trueque cambia lo que le sobra por lo que le falta, sin necesidad de dinero para sus transacciones.

El blanco juzga al aymara haragán e indolente porque no se preocupa de producir más de lo que come. En realidad hay en esto un modo de defender la independencia de sus comunidades, que si fuesen muy productivas caerían dentro de la esfera de conquista de los finqueros y gamonales.

MÉTODOS DE TRABAJO

Los indios son considerados de hecho, como parte integrante de la finca. Hasta figuran en los inventarios como si estuviesen sometidos al régimen de servidumbre medieval. Cuando el indio, sujeto a pongueaje ha mejorado su parcela quitando las piedras y desbrozando las malezas, es frecuente que el gamonal se la quite para asignarle otra, de tierra bruta, que tendrá también que limpiar y mejorar. Así el patrón beneficia sus campos a la vez que hace más duro el régimen de explotación.

Además los indios están sujetos a determinadas prestaciones perso-

nales. Especialmente para trabajos de carreteras. Pagan su "impuesto de vialidad" con tantas jornadas de trabajo. (1)

Los métodos de cultivo son de una primitividad sorprendente. Vi cosechar cebada en el Altiplano, cerca de Warisata. Había 27 indios trabajando con un grupo de mujeres que no alcancé a contar. Dirigiendo el trabajo estaba el gamonal o mayordomo. Los indios cortaban la cebada con una hoz de fabricación casera, hecha con pedazos de hojalata. Al terminar la jornada cada indio cargó en su burrito la cosecha así obtenida, representada por dos atados de cereal un poco más grandes que las gavillas nuestras.

La tierra se ara con arados de los llamados "egipcios", cuya reja es una cuña de madera dura que va arañando la superficie de la tierra. Lo arrastra una yunta de bueyes pequeños y raquíuticos. Estos arados hacen un trabajo muy deficiente. Un día, cerca del pueblo de Huarina, vi trabajar, sobre una extensión de dos hectáreas más o menos, la friolera de treinta y cinco arados a la vez. En toda la tarde no alcanzaron a terminar la parcela.

El rendimiento con métodos de trabajo de esta naturaleza, tiene que ser antieconómico al extremo, si se juzga con el criterio corriente entre nosotros. Pero no es tan así si se piensa que allí la mano de obra no vale nada y que uno o treinta indios cuestan al patrón lo mismo.

Los cultivos intensivos los hacen también con azadas, que se reducen a una cuña de palo amarrada a un pequeño mango de cuarenta a cincuenta centímetros. El indio o la india que trabaja con tal herramienta pasa el día arqueado sobre la tierra, con la frente a poco más de medio metro del suelo.

Voy a anticipar esto: atravesé, en Bolivia, en época de cosecha, alrededor de dos mil kilómetros; en Perú anduve algo más de dos mil quinientos y a Ecuador lo atravesé todo, desde Guayaquil hasta salir por la frontera colombiana. En toda esa extensión, salvo el último tramo ecuatoriano no ví en época de cosecha, un solo arado de hierro, una sola segadora, una sola trilladora; ni siquiera una carreta o un carro. Inclusive en los lugares donde pasa la carretera y hay por consiguiente camino transitable. Tal es la primitividad de los métodos de trabajo

(1) En una correspondencia que envié desde Cuzco y que fué publicada en *Marcha*, denuncié este hecho que me llamó la atención y que fué desmentido luego por el Sr. Encargado de Negocios de Bolivia. Mal debe conocer a su país este diplomático, cuando desconoce una de las prestaciones más corrientes que se exige a los indios.

agrícola que, por lo menos en la zona del Altiplano, se usan corrientemente.

Pude recorrer muy poco de las zonas mineras, pero algunos datos logré obtener. Los mineros, en lo que respecta a salarios, viven mejor. El salario corriente por jornada de trabajo es de \$ 1.10 a 1.20 de nuestra moneda, gozando además los trabajadores de ciertas ventajas para la compra de los artículos de consumo. Pero la insalubridad de las minas, la naturaleza del trabajo, la mala alimentación y la altura hacen que la vida media útil de un obrero se estime en ocho a diez años. La tuberculosis especialmente causa estragos, debido a la mala alimentación que además de escasa, es deficiente porque el indio adormece su estómago masticando coca, lo que le produce una permanente inapetencia.

El trabajo, la producción, la vida económica de Bolivia, descansan sobre las espaldas encorvadas del indio. Y sin embargo el blanco no deja de considerarlo como una plaga de la que se avergüenza y que considera como una fatalidad para el país.

Como se vé, el panorama es desolador. El indio, elemento humano fundamental en la población boliviana, ha llegado a tal grado de sometimiento y subvaloración que ya ni a sí mismo se considera como un hombre. Salvo los aymaras de las comunidades, que son celosos de sus derechos, los demás no tienen ya rebeldías. Cuando las tienen las expresan por un alzamiento generalmente sangriento, seguido de una borrasca general.

Sin embargo algunas cosas hacen pensar que si un día ese país se orientase hacia una política de recuperación de la sociedad indígena, podrían lograrse algunas conquistas positivas. Por ejemplo; los indios quieren escuelas. (1) Escuelas que llegan tarde, mal o nunca. En algunas comunidades que visité, sabiendo que éramos gente vinculada a la enseñanza, casi invariablemente nos pedían escuelas para sus hijos. Y es alentador que el indio vea en la escuela esperanzas para su redención.

Para comprender la hondura de este proceso de servidumbre, hay que recordar que pesa sobre el indio de estos países el régimen de esclavitud que impuso durante trescientos años la Colonia, y que ha

(1) Estando en Warisata, junto con dos uruguayos que están en Bolivia hace tiempo, vinieron algunos amautas —jefes de tribus— a visitarnos y a pedirnos que influyéramos para que les mandasen un maestro. La historia de la escuela de Warisata, a la que me referí en una correspondencia publicada en *Marcha* —mayo y junio de 1948— es otra prueba en ese sentido.

sido seguido por ciento cincuenta más de vida independiente, en los cuales no sufrió transformación sustancial.

Sería largo de explicar cual es la posición de la gente que determina la orientación social y política del país, respecto de estos problemas. En realidad la impresión que se saca es desoladora.

ENTRANDO A PERU POR LA PUERTA DEL FONDO

De Bolivia pasé a Perú, entrando por la zona del Titicaca, por Yunguyo, departamento de Puno. Se me ocurre que fué algo así como entrar en una casa por la puerta del fondo, es decir, apreciando, antes que otras, las cosas que comúnmente se ocultan a la vista del visitante.

Dos cosas allí me causaron desagradable impresión. En todo el pueblo, empezando por el hotelito donde me hospedé, no había absolutamente ni el más modesto servicio higiénico. Además las casas edificadas sobre solares muy largos empiezan, en el frente, por las habitaciones, después siguen los cuartos de servicio, después los chiqueros de los animales: las llamas, las gallinas, las vacas, las ovejas, los burros, los cerdos. Aquella Arca de Noé comienza por los dueños de casa y después, en una escala decreciente de jerarquías, sigue con toda la fauna de los que la pueblan. Un canal de desagüe común para todos fué la única instalación sanitaria que pude encontrar en la casa.

Fué una visión del Perú que atemperó mi entusiasmo por las orgullosas tradiciones limeñas. Porque Perú no es sólo Lima; es también todo aquello.

De Yunguyo seguí a Puno, viajando en el más corriente sistema de transporte: el camión de carga. La víspera de la partida, los indios que serían mis compañeros de viaje pasaron la noche en los camiones, durmiendo en promiscuo amontonamiento, para salir con las primeras luces del día siguiente.

Después de un viaje de casi un día llegamos a Puno, ciudad que queda al borde del Titicaca, a tres mil ochocientos cincuenta y dos metros de altitud. Allí estuve tres días esperando el tren que me llevaría a Cuzco.

En Puno aproveché la estada para conocer muchas cosas que me interesaron. Una de ellas, el reclutamiento y la instrucción militar a que someten a los indios.

